

El asombro que abre a la vida nueva

*«Este es el día que ha hecho el Señor:
alegrémonos y exultemos».*

Oración

*Señor Jesús,
la creación está en fiesta
porque has roto
las cadenas de la muerte
con tu resurrección.
Danos la alegría
de vivir siempre
en la novedad de vida
que nos has conquistado
al caro precio de la muerte
en cruz.
El asombro frente
a tu resurrección
acompañe siempre
nuestra existencia,
para que en cada momento
de la vida sepamos
gustar la alegría que viene
de tu resurrección,
para que nada turbe
y nada obstaculice
nuestra adhesión
a la voluntad
del Padre. Amén*



La alegría de la Pascua nace del *ASOMBRO* frente al cumplimiento de la promesa del Amor de Cristo. La carrera de Pedro y Juan al sepulcro se detiene por el *asombro* frente al signo de la victoria del amor sobre el egoísmo, de la vida sobre la muerte. Es el asombro de la fe que debe caracterizar nuestra relación con Cristo. Sólo si nos dejamos sorprender por el Amor de Dios, que no sigue las reglas del interés y del provecho, sabremos gustar el día de Pascua y vivir la vida de los redimidos, de los hijos libres de Dios en el Hijo.

¿Cómo dejarse vencer por este *asombro*? El único camino es acoger la Palabra de Dios, vivirla en la vida cotidiana conscientes de ser parte del pueblo de Dios, la Iglesia, y con esta sabiduría saber reconocer los signos de los tiempos en los cuales Dios sigue manifestando su fidelidad a la Alianza con la humanidad. La fe es constantemente vigorizada por el *asombro* que nace de la comprensión de la Escritura, que permite *ver* los signos de la presencia de Dios en nuestra historia y *creer* en su Amor. La vida nueva, a la cual el asombro frente al amor fiel de Dios nos inserta, es la del pueblo de los redimidos, de los salvados, de aquellos que han blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Es la vida nueva de los creyentes que viven la experiencia del pueblo, de la Iglesia, como único lugar en el cual la fe puede expresarse en plenitud de sentido.

La Pascua abre a la novedad de la vida, no en una dimensión individual y subjetiva, sino en la experiencia personal de fe inserida en el camino de pueblo. Este es el verdadero asombro que nace de la resurrección: la fe en Cristo resucitado nos hace considerar nuestra vida no ya ligada a la experiencia subjetiva, sino también en la realidad personal de relación con Dios, abierta a la fraternidad de relaciones, en las cuales la búsqueda de la propia realización pasa necesariamente a través del hacer posible la realización del prójimo. La novedad de la vida a la que el *asombro* frente al sepulcro vacío nos abre, hace nuestra vida signo creíble de fe, testimonio del Amor de Dios, de la victoria del bien sobre el mal. Podemos y debemos dejarnos vencer por el *asombro*; de parte nuestra debemos estar dispuestos a perder la arrogancia del subjetivismo para asumir la dulzura de la fraternidad, que aprendemos al detenernos a contemplar los signos del Amor de Cristo.

Padre Renato D'Auria